

Cuando nos vimos el Sr. Perez Verdia i yo en Atotonilco el Alto el dia 29 de febrero de este año, le dije lo que referia sobre Testard el Sr. Salado Alvarez en su novela i lo que me decia en su carta, i me dijo que me contestaria en una carta. Recibí en efecto la carta siguiente: «Guadalajara, julio 31 de 1908.—Sr. Dr. D. Agustin Rivera.—Lagos.—Mi muy distinguido etc.—Hace tres dias que recibí etc. (negocio diverso). Con motivo de la pregunta que Ud. se sirvió hacerme sobre el fundamento de mi aserción acerca del nombre del jefe austriaco vencido en La Carbonera, me eché á investigar, y resultando hallarme en error manifiesto al haber dicho que era Testard, me acuso de semejante falta, y la anoto ya para corregirla en la próxima edicion que estoy preparando de mi Compendio de Historia de México.—Testard con sus austriacos, unido á Oronoz con sus traidores, dió la batalla de Miahuatlán el 3 de octubre de 1866, siendo derrotados por el General Diaz, y quedando muerto el mismo Testard con gloria, pues se abrazó á su bandera al sucumbir peleando. A los 15 dias se verificó la acción de La Carbonera en donde el General Diaz batió al Coronel *Kriker* y al Coronel Porrel, que era su segundo. . . . El nombre de *Kriker* lo he encontrado en relaciones de periódicos contemporáneos del suceso, que se publicaban en Oaxaca y además me lo ha confirmado mi amigo el Sr. Martínez Gracida, oxaqueño muy ilustrado y conocedor de la Historia de su Estado, la cual tiene escrita por él.»

El Sr. Salado Alvarez refiere muchos detalles del entierro honorífico que el General Diaz hizo del cadáver de Testard, entre ellos, que por los papeles que se encontraron a este en los bolsillos, se conjeturó con bastante probabilidad que era hijo ilegítimo del Mariscal Forey.

Hasta el eminente Emilio Ollivier *la pitó* (perdonándoseme el término vulgar), diciendo: «Diaz había enviado á Bazaine el sable del comandante Testard, muerto en la batalla de la Carbonera.» (1).

(1) «La Intervencion Francesa y el Imperio de Maximiliano en México», edicion de Guadalajara, 1906, pág. 223. Entre las muchas Historias que se han escrito sobre la materia, esta es una de las mejores. Todos los verdaderos sabios, que han estudiado muchos libros, son indulgentes en sus juicios críticos, porque saben la máxima de Horacio *parùm cavít humana natura*, a saber, que aunque el autor de un libro sea un sabio, no está en la naturaleza humana que deje de

Comentario a estas palabras mias: «Vengan a acá todos los militares.»

En mis *Pinceladas*, discurriendo como político de aldea, he dicho: «En 1877 lo primero que se necesitaba era reprimir a todos los delincuentes i poner en orden a la Nacion. ¿De qué modo? No habia otro que el de la fuerza de las armas. . . . El Presidente Diaz dijo: «Vengan a acá todos los militares», i como la nacion es mui extensa i el Presidente tenia mucha experiencia en materia de gobierno de militares» etc.

Los Sres. Redactores de «El Imparcial», mui instruidos en la historia contemporanea i en la ciencia de la política, asi por los libros de las Bibliotecas Públicas, como por las frecuentes conversaciones con hábiles políticos residentes en la capital de la República, libros i conversaciones que son fecundos elementos del saber, de los qué carecemos los que vivimos en ciudades pequeñas, en su n.º. del 12 del próximo pasado, dicen: «Para penetrarse bien de la acción de los Gobernadores de los Estados en la actual obra política, es menester recordar cual era la situación de la República á raiz del triunfo de Tecuac: fraccionado en arraigados feudos, dividido por odios de comarca á comarca, sin un pensamiento común ni una orientación general que uniese con un mismo lazo á los diversos gobernantes, el país padecía su vieja miseria, sin esperanzas de curación. Cuando el señor General Diaz se hizo cargo de la Presidencia, se encontró con esta fragmentación nacional, como primero y principal obstáculo á su ya bien percibido programa de Gobierno.

«¿Iban, pues, á renovarse los antiguos conflictos, las tradicionales querellas, las pasadas hostilidades de los Estados contra el Centro? Pues era tanto como renunciar á la realización del pensamiento capital que amparaba ese programa; puesto

incurrir en algunas equivocaciones. Juzgan por esto que aunque un libro o folleto contenga algunas, puede ser mui util. Solo los iliteratos, cuando se meten a escritores públicos i algunos hombres de talento, cuando los acosa alguna pasioncilla, «cazan codornices con cañones» segun la frase de César Cantú; andan a caza de *lapsus linguae*, de *puntos*, de *comas*, de erratas de imprenta o de falta de reflexion en el autor, aunque sea estudioso.

que para realizarlo, precisaba una fuerza de cohesión y una disciplina de que carecían las autoridades locales.

«La primera tentativa fué la de crear artificialmente una solidaridad que brillaba por su ausencia, buscando la disciplina en el único campo en que podía encontrarse: en la subordinación militar hacia el caudillo triunfante. Si las ideas en que fundaba sus principios administrativos, no eran compartidos y aun eran rudamente rechazados por el grupo de sus compañeros de armas, el General Diaz podía utilizar en favor de un pensamiento, que amenazaba perderse en el vacío, su prestigio de soldado y su popularidad como hombre dotado de excepcionales virtudes cívicas.

«Y así marcharon, á paso militar, los primeros Gobernadores encargados de cooperar á la obra del progreso; sin darse cuenta de la función encomendada, pero preparados por educación, á escuchar «la voz de mando».

«En realidad, la extirpación de los feudos fué labor que reclamó mayor tiempo y mayores trabajos. Era una ardua tarea la de desarraigar los grandes caciques, perpetuados á veces en familias, de las comarcas donde habían arrojado raíces, que se esparcían en «compadrazgos», amistosidades, dádivas y granjerías entre los sostenedores del sistema. Y fué también rudo el esfuerzo para ahuyentar de su madriguera á los viejos lobos que merodeaban y en cuya persecución no podía emplearse sino la misma especie animal: lobos que desertaron de la montaña para bajar á la llanura, en la que el gobierno calmaba su vieja hambre con un trozo de carne.

«Vimos entonces casos curiosos: jefes políticos, de antecedentes terribles, que desde su puesto controlaban á un gobernador; gobernadores insaciables, cuya permanencia en el poder era la única garantía de la paz general de la República; alcaldillos extorsionadores que mantenían en quietud á un municipio.

«¡Algún dia dirá la historia con qué elementos ha realizado el General Diaz el progreso de Mexico!»

Comentario a unas frases mías relativas a la Hacienda Pública.

En las *Pinceladas* hablando de la Presidencia de Lerdo de Tejada, he dicho: «Esta (la República), de muchos años atras,

a consecuencia del desorden universal, producido por una larga guerra, estaba plagada de haraganes, ebrios, tahures, estafadores, ladrones en las ciudades, abigeos en los campos, salteadores en los caminos, plagiarios, pendencieros, heridores, homidas i toda clase de malhechores. Se necesitaba un Presidente que por medio de la fuerza reprimiera i castigara a tantos delincuentes i pusiera en orden a la Nacion. . . Con la disciplina militar en toda la Nacion i con la Hacienda Pública, estableció el *orden*. A este se siguió el *progreso*: multitud de escuelas de primeras letras. . . *magníficas relaciones con las Naciones extranjeras* etc. etc. . . Ha hecho pasar (el General Diaz) su red ferrocarrilera por las puertas de los palacios i por las de las chozas, i dice al campesino: «¿Quieres trabajar? Aquí tienes los medios de cultivar tu campo i tus pequeñas industrias, i vender tus productos con ganancia.»

«El Imparcial» en su n.º del dia 13 del corriente, dice: «ha dicho (el General Diaz) que «los pueblos pobres no pueden, en general, ni instruirse ni moralizarse; cuando no yacen inertes bajo el yugo del despotismo, viven en las estériles agitaciones de la anarquía; atentos á las dificultades del presente, descuidan prever las eventualidades del porvenir; les están casi por completo vedadas la autonomía y la libertad, y con mayor razón la democracia y la República; impotentes ó débiles contra el enemigo exterior, lo son también contra el enemigo interior; sus gobiernos son inestables i cambiadizos, incapaces de proteger la vida y la propiedad, y, ó acaban por ser absorbidos por un pueblo poderoso, ó se consumen y desaparecen sin dejar en la historia otra huella que, á veces, la de su heroísmo; pero las más, la de su miseria y sus sufrimientos.

«El dia primero de Diciembre de 1900, en un resonante banquete, ofrecido al señor Presidente de la República, con motivo de la inauguración del presente período administrativo, el distinguido hombre de Estado pronunció un significativo discurso, cuyos hondos conceptos han debido quedar grabados en la memoria de todos los ciudadanos. Ahí fueron enunciados los principios de ese programa que, quiérase ó no, es el que ha fortalecido á la República.

«¿Cómo fué posible, desde un primer momento, la estabilidad de un gobierno sobre un suelo conmovido tan tenazmente por agitaciones públicas?—Escuchemos al señor General Diaz:

«El triunfo de uno de los partidos es ocasión propicia para iniciar un período de paz, si á raíz de la victoria se hace sen-

tir el estrepitoso rumor de una zapa general que dé trabajo á muchos miles de hombres; pan á otras tantas familias, y que, obedeciendo á un sistema bien meditado de mejoras reproductivas, prometa al capital seguro y próximo teatro para empresas tan lucrativas, que provoquen la anhelante afluencia del capital extranjero.»

«A esa necesidad acudió el General Diaz, «procediendo inmediatamente á la prolongación de algunos ferrocarriles y telégrafos, y se dedicó á fondo (el gobierno) y aceptando todo género de responsabilidades, á la completa extinción del *bando-lerismo*, que amenazaba adueñarse de todo el territorio nacional.»

«Luego que el comercio pudo contar con la seguridad en los caminos y locomoción fácil—agregaba el señor Presidente en el brindis que estamos rememorando,—comenzó á sentirse la actividad del capital, su correspondiente y muy merecido lucro, y la valiente y creciente afluencia del dinero extranjero. Tan grata perspectiva, nueva en el país, y un horizonte limpio de pronósticos revolucionarios, hicieron que los disidentes, que hasta entonces permanecieron hostiles al Gobierno, al abrigo de la barrera que le formara con su respeto al derecho ajeno, comenzaran á caer en torrentes á la seductora arena de los negocios, afiliándose desde luego y sin reserva entre los amantes de la paz.»

Fin del Apéndice.

Lagos de Moreno, 20, octubre, 1908.

Agustin Rivera.





F1233

.5

105197

.D55

R58

1020003014

AUTOR

RIVERA, Agustín

TITULO Pinceladas de Agustín

Alto





10

10